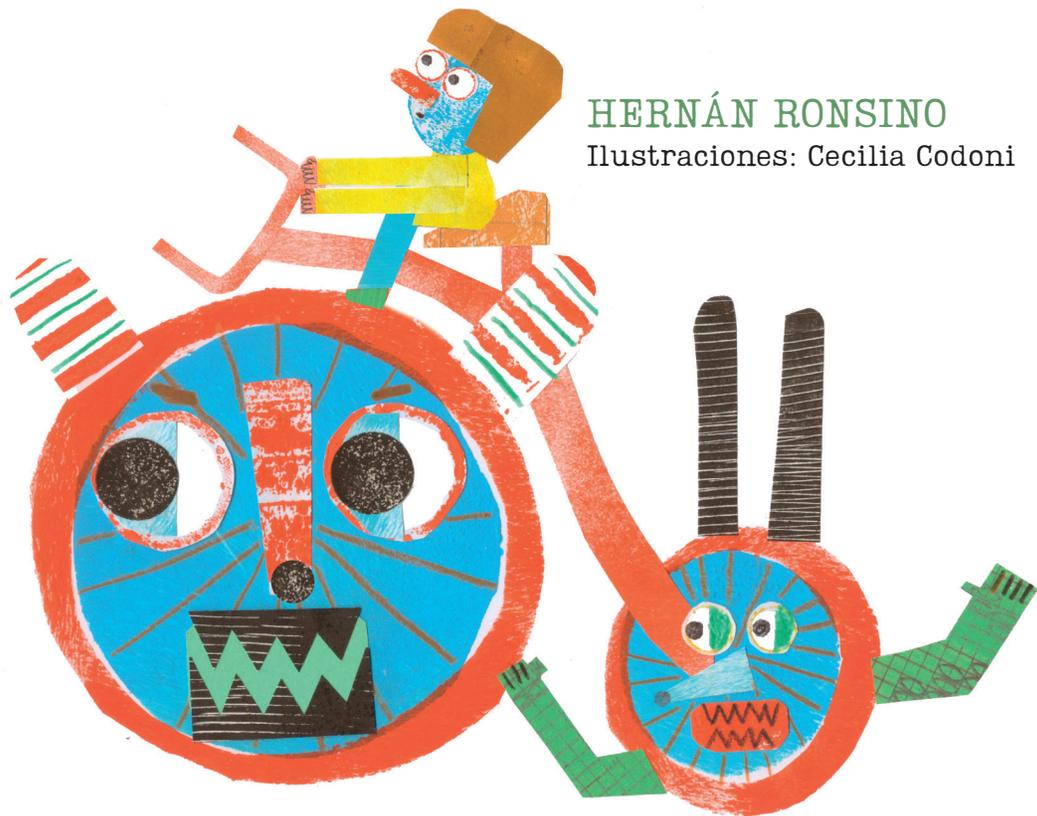


BICICLETA

HERNÁN RONSINO

Ilustraciones: Cecilia Codoni







QUELONIOS

Ronsino, Hernán Ramón

Bicicleta / Hernán Ramón Ronsino. - la ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Biblioteca Nacional, 2023.

28 p. ; 17,5 x 17,5 cm. - (Quelonios / Otros cuentos)

ISBN 978-987-728-186-6

1. Literatura Infantil. I. Título.

CDD A863.9282

BIBLIOTECA NACIONAL

Juan Sasturain dirige la Biblioteca Nacional y Elsa Rapetti es la subdirectora.

Colección Quelonios. Otros cuentos

Sebastián Scolnik coordina las ediciones de la Biblioteca Nacional.

Los integrantes del equipo de publicaciones (Rita Fernández, Gabriela Mocca, Juana Orquin, Pablo Fernández, Laura Romero, Jorgelina Núñez y Juan Pablo Fernández Bussy) editaron, diseñaron e hicieron posible esta colección.

Hernán Ronsino cedió especialmente el cuento *Bicicleta* para esta ocasión.

Cecilia Codoni dibujó, pintó y recortó las ilustraciones de este libro.

2023, Biblioteca Nacional / Agüero 2502 (C1425EID), Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

www.bn.gob.ar - ediciones.bn@gmail.com

Impreso en Argentina / Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

Este libro se terminó de imprimir en el mes de noviembre de 2023 en Arcángel Maggio,
Lafayette 1695, en el barrio de Barracas, Ciudad de Buenos Aires, Argentina.

BICICLETA

HERNÁN RONSINO
Ilustraciones: Cecilia Codoni



Hay personas que le tienen miedo a la oscuridad.
Otras, a la altura. O a las arañas. Incluso hay
personas que les tienen miedo a las pelusas.

Juanjo les tenía miedo a las bicicletas.







La primera bicicleta que le regalaron tenía rueditas. Se la trajo un tío que vivía en el campo. El tío Braulio, que usaba pantalones anchos y fumaba pipa. Cada vez que Juanjo le daba un beso al tío Braulio, le quedaba en la nariz un olor profundo, el olor del tabaco.

Juanjo andaba tranquilo en esa bicicleta. Las rueditas le daban seguridad. Pero, a medida que crecía, se iba haciendo cada vez más pesado y las rueditas se arqueaban.



Quando cumplió siete años, el tío Braulio lo llevó al campo
y le quiso enseñar a andar en una bicicleta de grandes.

Juanjo no quería saber nada. Pero el tío Braulio,
que tenía una voz dura y terminante, le dijo que ya era un
grandulón para andar con rueditas.

Fueron hasta un galpón que tenía fardos de pasto
hasta el techo. Ahí, colgadas de unos tirantes,
estaban las bicicletas.



Antes de hacerlo subir a la bicicleta, el tío Braulio le dio dos o tres consejos. Por ejemplo: que mirara siempre para adelante, que no fuera tenso, que se relajara.

Juanjo estaba muerto de miedo, le transpiraban las manos. La bicicleta le parecía tan grande, tan inmensa, que al subir pensaba que estaba subiendo arriba de un camello.

Ya estaba listo: sentado en el asiento, con los pies en los pedales y los brazos aferrados al manubrio. El tío Braulio lo tenía agarrado del asiento. Le dijo: listo, preparado, ya. Lo soltó. Juanjo trató de pedalear. La bicicleta, con Juanjo arriba, comenzó a flamear como una bandera.

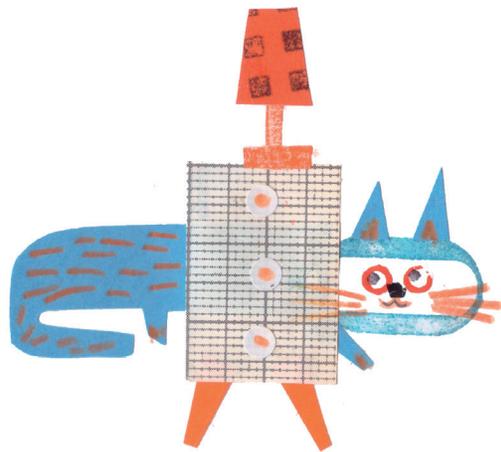
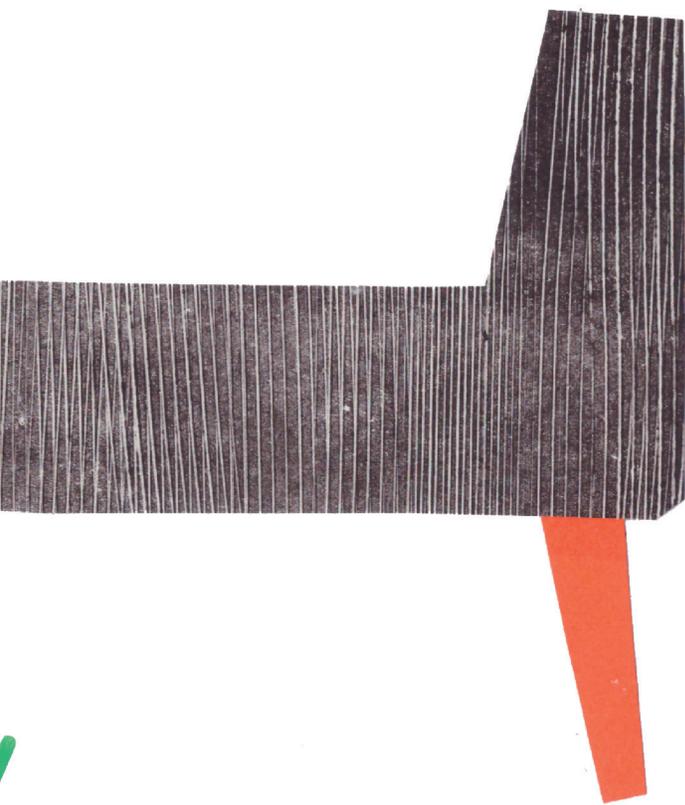
Hasta que cayó contra unos fardos de pasto.





Una vez vio cómo el pie de un chico de su barrio se metía entre los rayos de la rueda trasera de la bicicleta del padre. El padre lo llevaba a la escuela. El chico iba sentado en el portaequipaje, con la mochila puesta y las piernas colgadas. Juanjo sintió como si los rayos le hubieran chupado el pie al chico. La bicicleta se frenó. Juanjo, que iba a comprar el pan, escuchó el grito desgarrador. Se impresionó tanto que salió corriendo y se escondió debajo de la cama. Esa noche empezó con los sueños.









Soñaba con bicicletas antiguas,
como las que tienen la rueda
delantera gigante y la de atrás
parecida a la de un triciclo.
Juanjo, atrapado en la rueda
gigante, corriendo como un
ratoncito de laboratorio. Corría con
todas sus fuerzas, desesperado,
pero sin que se le presentara
ninguna luz o un cartel que le
dijera: “Aquí, llegada”. Por eso,
al otro día, se despertaba
siempre agitado, molesto.

A los nueve años, Juanjo era el único chico de su barrio que no sabía andar en bicicleta. Se sentía mal. Ya no se animaba a salir a la vereda con la bicicleta que le había regalado el tío Braulio porque lo cargaban. Sus amigos andaban con bicicletas todo terreno o de carrera, y él tenía la bicicleta con rueditas que a veces usaba en el patio de la casa, donde nadie lo veía. Y cuando tomaba la decisión de aprender a andar, volvía a tener ese sueño cada vez más feo, cada vez más parecido a una pesadilla.



A los diez, entró como ayudante en el kiosco de don Raúl, un señor malhumorado que necesitaba un canillita. Tenía que repartir diarios en el barrio. El primer día hubo una tormenta muy fuerte. Juanjo tenía que presentarse a las siete de la mañana en el kiosco. Cuando llegó estaba todo mojado. Don Raúl lo miró, le dio una capucha amarilla, una lista con las direcciones de los clientes y le dijo: “Ahí está la bicicleta, pibe”. Parecía un tractor, en lugar de una bicicleta. Era una bicicleta de reparto con un canasto adelante. Como las que usan los heladeros, pensó Juanjo, y sintió pánico. “Vamos, vamos”, empezó a gritar don Raúl.



Juanjo se puso la capucha amarilla, se guardó la lista con las direcciones y montó la bicicleta. La sintió pesadísima. El canasto, lleno de diarios y revistas, estaba cubierto con un nailon. “El primero es para el doctor Crespi”, gritó don Raúl, desde el kiosco. Un trueno retumbó en el aire. Y después, la lluvia empezó a caer con más fuerza. “Vamos, apuresé”, insistió don Raúl. Juanjo se aferró al manubrio. Entrecerró los ojos para hacer fuerza. Y salió. El ruido que hizo al caer sobre el asfalto fue parecido al de un trueno. Los diarios desparramados se mojaron todos. Juanjo, cuando lo vio venir a don Raúl gritando como un loco, salió corriendo y se escondió en la farmacia de la esquina que estaba de turno.



Lucía era la hija de la farmacéutica. Lucía vio la caída. Vio, también, cómo don Raúl lo empezó a correr como un loco. Juanjo estaba empapado y temblaba como una hoja. De frío y de miedo y de bronca. Lucía lo hizo pasar al laboratorio.

Lucía tenía doce y era blanca como la luna.



Lo hizo sentar y le envolvió la cabeza con una toalla y le secó el pelo. Antes de quitarle la toalla, Lucía le dio un beso en la cabeza. Los pelos de Juanjo quedaron revueltos como un mar. Lucía le dijo que parecía un barco de papel todo mojado. Y se puso a reír con pocitos en los cachetes. Juanjo sintió que la alegría jugaba al subibaja en su panza.

Al otro día fueron a tomar un helado. Ella pidió uno de crema del cielo. Pero antes de que Lucía dijera crema del cielo Juanjo pensó: “Ella va a pedir crema del cielo”. Entonces cuando lo dijo, cuando le dijo al heladero: “Deme uno todo de crema del cielo”, Juanjo sonrió, los ojos se le encendieron.



Después caminaron por el parque, se subieron a un árbol muy viejo. Y en ese árbol, arriba, ella lo invitó para que al otro día, en la costanera, dieran un paseo en bicicleta. Juanjo, al escuchar la invitación, se resbaló del árbol viejo y casi se cae. Pero le dijo que sí. Que a las tres de la tarde, en la costanera.





Esa noche volvió a tener la pesadilla. Esta vez, Juanjo
corría adentro de la rueda gigante y un ratón lo perseguía
detrás. Era espantoso. Juanjo corría desesperado.
Cuando despertó estaba todo transpirado y nervioso.
Después de comer le pidió la bicicleta al padre.
El padre lo miró sorprendido. Pero no preguntó nada.
No dijo nada. Confió en su hijo.

Juanjo salió hacia la costanera llevando la bicicleta de tiro. Al llegar la vio a Lucía, blanca como la luna, comiendo pochoclos, y atrás el río, marrón, inmenso como un mar.

—Hola —dijo Juanjo.

—Hola —contestó Lucía—. ¿Querés?

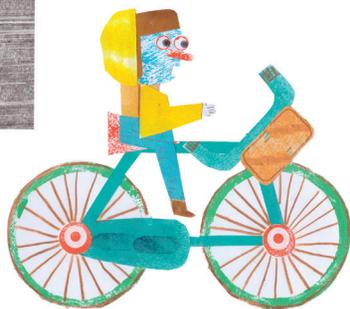
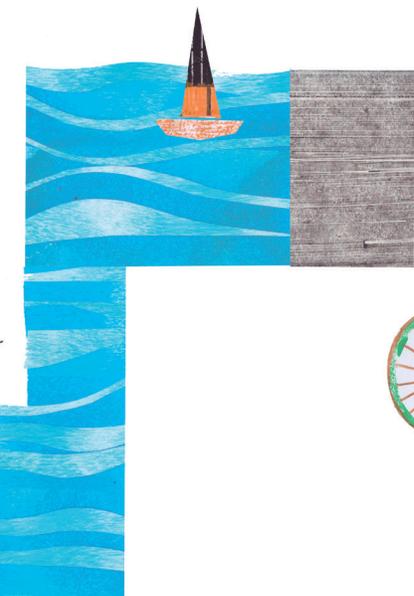
Y comieron pochoclos con gusto a frutilla, sentados en los pilares de la costanera. El viento del río los despeinaba.

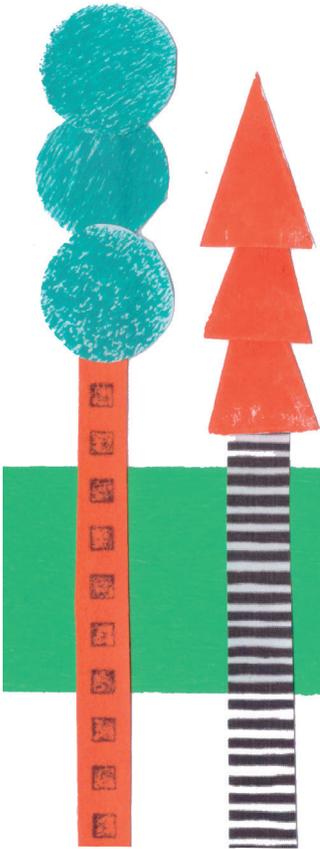
Ella le dio un pochoclo en la boca. Juanjo la miró a los ojos, verdes como una hoja de lechuga, y se animó a darle un beso. Un beso con gusto a pochoclo de frutilla.

—Demos una vuelta en bici —dijo ella, con los cachetes colorados.



Entonces Juanjo no pensó. Se subió a la bicicleta del padre, pesada como la del tío Braulio o como la de don Raúl, y se lanzó pedaleando por la vereda de la costanera, a la par de Lucía, tan blanca como la luna, recortada por el río que parecía un mar. Pedaleó, como sin darse cuenta, pensando en el beso. Las piernas sueltas. El cuerpo equilibrado. Pedaleó, como sin darse cuenta, casi una cuadra.





Hasta que se le cruzó un perro.

Y Juanjo quedó desparramado
en el suelo como un huevo frito.

Pero feliz.





BIBLIOTECA NACIONAL

La Biblioteca Nacional de la República Argentina está en la ciudad de Buenos Aires. Su edificio es muy famoso por ser una construcción poco común: algunos dicen que tiene forma de gliptodonte, otros de nave espacial, pero lo seguro es que alberga montones y montones de libros y revistas. La Biblioteca es conocida, además, por los muchos conciertos y exposiciones y charlas que allí se organizan. También tiene una editorial que publica libros. La mayoría son para grandes, pero también, bajo el sello Quelonios, se editan libros para chicos y chicas, como este.



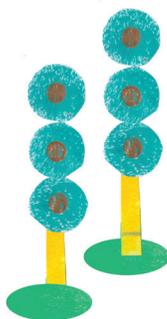
(hernán RONSINO)

FOTO: ALEJANDRO GUYOT



Hola, soy Hernán. Cuando era chico no me gustaba leer. Me aburría leer libros. Pero sin saberlo hacía otras cosas que también eran una forma de leer. Me subía a la bici que me había regalado mi abuelo y recorría todas las canchas de fútbol y los potreros que había en mi ciudad y si no podía jugar me la pasaba imaginando la vida de los que jugaban. Ese juego de imaginar la vida de los otros me convirtió en lector. Un lector en bicicleta. Les mando un gran abrazo y, como dice el tío Braulio, nunca dejen de pedalear siempre para adelante.

Mi nombre es Cecilia, nací y vivo en La Plata. Soy ilustradora, y además soy profesora y licenciada en Artes Plásticas. Me gusta mucho jugar con los materiales de trabajo, probar, mezclar, casi como ingredientes de cocina. El primer libro que ilustré se llamó *Mi papá*. Y también dibujé tres libros más: *Ponchos y mariposas*, el *Abecedario de aventuras y animales* y *Otra cosa*, que se publicó en Perú.



(cecilia CODONI)







Los quelonios viajan, recorren
y exploran caminos desconocidos.
Buscan nuevas amistades. Otros
cuentos, otras formas de mirar.

Y allí, en esas travesías,
palabras impensadas cobran vida
e insisten en crear mundos tan
deslumbrantes como inesperados.



 **QUELONIOS**



9 789877 281866